

EL NOTICIERO DE MURCIA

DIARIO DE INTERESES GENERALES, NOTICIAS Y ANUNCIOS.

NUMEROS DEL DIA 10 CENTIMOS DE PESETA.

PRECIOS DE SUSCRICION

Murcia: un mes, 6 rs.—Fuera: un trimestre, 20 rs.—Un semestre 40 rs.—Un año, 80 rs.—Pago anticipado.—Números atrasados un real.

Direccion y administracion: calle de Lucas.

PRECIOS DE INSERCIÓN.

Línea de anuncios á medio real.—Avisos oficiales, comunicados, etc., á precios convencionales y módicos.

EL NOTICIERO.

LA CATASTRFE DE MURCIA Y EL CREDITO HIPOTECARIO.

(Conclusion)

Restablecida la libertad del crédito hipotecario á los propietarios de las fincas más ó menos perjudicadas por la inundacion, corresponderá asociarse para constituir un gran Banco regional de propietarios y deudores que, ofreciendo una garantía mancomunada, inspire suficiente confianza para que alcancen curso á la par, ó casi á la par, sus cédulas hipotecarias al 6 por 100 anual. Estas cédulas, comprendida la amortizacion y una comision de 60 céntimos para gastos de administracion, podrían pagarse con una anualidad de 8'42 por 100 en 25 años, de 7'87 en 30 años y de 6'95 en 50 años. La ventaja de estar reunidas y comprender una gran region las lineas hipotecadas, la garantía personal que ofrece una direccion ó gerencia electa por los mismos propietarios, la fiscalizacion

y mútua vigilancia de unos sobre otros, puesto que cada uno concedería á todos y recibiría de todos una responsabilidad subsidiaria que bastaría fuese de un 10 por 100 sobre cada finca; la facilidad que tendrían estos propietarios para conocer la legitimidad de la propiedad de sus consocios, aunque hubiera algunas lagunas en la titulacion; los medios de que dispondrían para ir corrigiendo esas irregularidades, determinar los linderos, hacer una buena parcelacion y conseguir la inscripcion de todas, así como de sus gravámenes, en los registros de la propiedad, ofrecerían garantías tan sólidas al capitad, que en vano trataría de ofrecerles iguales una compañía mercantil, por acreditada y poderosa que fuera.

De este modo, los procedimientos para los préstamos se abreviarán muchísimo; podría el Banco prestar sobre fincas cuya titulacion fuera defectuosa, con tal de que sus defectos fuerán subsanables, y en ciertos casos y mediante ligeros re-

cargos, hasta sobre aquellas que exigieran una informacion posesoria para inscribirse.

Si los medios propios de los socios no eran suficientes para conseguir desde luego el curso á la par de las cédulas, fácilmente la asociacion podría entenderse con alguna poderosa compañía mercantil que, mediante la cesion de una parte de la comision, acometiera el negocio, tomando las cédulas en grandes sumas, y encargándose de su emision y de sostener su curso, recogiendo las cuando descendieran del precio de 98 por ejemplo.

Quizás, en este caso, viniera en auxilio del negocio el espíritu benéfico que alienta hoy la caridad, y gente timorata, que se contenta con muy bajo interés, con tal de que sea seguro, tal vez permitiera hacer la emision de las cédulas al 5 por 100, en cuyo caso, con amortizaciones y comision de 60 céntimos las anualidades resultarían de 7'0 por 100 pagadas en 25 años, de 7'11 en 30 años y de 6'08 en 50 años.

Estos no son sueños ni utopías: los billetes hipotecarios del Banco de España, cuya garantía son pagarés de compradores de bienes nacionales, entre los cuales hay muchísimos incobrables, ya por que se han rescindido los contratos de venta ó por otras causas, como esta garantía está á su vez resguardada por el Estado y por el mismo Banco, se cotizan á la par, y aun á medio por ciento de prima sobre la par las cédulas al 6 por 100 del Banco Hipotecario de España, sociedad mercantil relativamente moderna y que sólo tiene un capital de 50 millones de pesetas, se cotizan á 98 por 100. El dinero sin colocacion abunda y el interés es muy bajo fuera de España; pero, sin salir de Madrid, sólo el Banco de España tenia, segun su balance de 30 de Setiembre último, cerca de 122.000.000 pesetas en depósitos y tentes en la sucursales, más de 173.800.000 de capital parado. Hay dinero barato: lo que falta úni-

—18—

haciéndome los mayores ofrecimientos, á que no pude menos de corresponder.

No paró aquí la cosa. En los dias siguientes en todas partes me encontré al buen señor; en misa si era dia festivo, en el café si entraba á refrescar, en la Bolsa, á donde tuve que ir en busca de un agente de cambio, en el Circo de Price, en el jardín del Buen Retiro, á cualquiera parte que yo fuese estaba seguro de encontrar á mi hombre, llegando esto á tal grado que hasta en la sopera temí hallarlo, al destapar dicho recipiente, y aun en mi misma cama, al apartar las sábanas para entregarme al descanso.

Y en cuanto me veia, venia á mí, se sentaba á mi lado, trataba de distraerme con su conversacion; y no siempre amena ni espiritual, renovaba sus ofrecimientos y muestras de gratitud, ya exageradas por lo repetidas.

Parte por huir de tal persecucion y parte por buscar un clima más fresco y agradable en que pasar el resto del verano, ya que mis negocios me daban por entonces algun respiro, una tarde puse en un maletín de mano alguna ropa blanca y un traje presentable, y di con mi cuerpo en la estacion del Norte para tomar el tren express, que debia conducirme hasta Santander. Pronto fué ocupando el coche, en que yo me habia instalado, ya no quedaba sino un solo asiento junto á mí ó iba á sonar el tercer toque, cuando vi aparecer á mi sombra do Nino, á mi Magiar, á mi pesadilla, al hombre en una palabra medio atropellado y que ya me arrepentia de haber impedido lo fuese por completo. Verme, entrar en el coche y ocupar el asiento vacío junto á mí, fué obra de un instante.

Era el buen señor un antiguo longista ó tendero de géneros ultramarinos, que despues de haber hecho una algo más que regular fortuna trás el mostrador, habia traspasado con ventaja su acreditado establecimiento, abandonando la vida pública. Pasaba algunos meses del año en Madrid, y el verano en su casa de campo, próxima á Santander, donde ya le esperaba su familia. El viaje dió tiempo para que me contase toda esta historia muy

—19—

en detalle, y como remate y corolario de ella, el antiguo tendero me dijo:

—No hay escapatoria; pues la casualidad nos ha reunido en el mismo tren y en el mismo coche, le acaparo, le decomiso, le secuestro á usted, me lo llevo á Azoños por unos dias, que luego tiempo tendrá Vd. de ver la gente del Sardinero y asistir á los bailes campestres de Santander.

No hubo remedio, tuve que resignarme al sacrificio y me rendí á discrecion, creyendo que, ya que habia salvado á medias la vida de aquel pobre hombre, debia ahorrarle además el disgusto que mi negativa de seguro le hubiera ocasionado.

Un elegante *char-a-bancs* esperaba cerca de la estacion de Santander, á la llegada del tren; tomamos asiento en él, y al punto nos dirigimos por la carretera de Torrelavega, subiendo la empinada cuesta de Peñacastillo y admirando al paso la frondosidad y hermosura de aquellos contornos. A los tres cuartos de hora de camino, nuestro ligero carruaje tomo hácia la mano izquierda por una frondosa alameda, al cabo de la cual nos detuvimos ante la casa de campo. Apresuróse mi compañero de viaje á bajar y estrechó amorosamente en sus brazos á dos jóvenes, que al ruido del carruaje habian aparecido seguidas de una señora, que á tiro de bala oía á institutriz inglesa y cuya mano estrechó afectuosamente el ex-tendero de ultramarinos.

—Mis hijos, dijo enseguida este, presentándome á las dos jóvenes.

—Mi amigo D. Juan Perez, á quien debo la vida.

—Miss Fanny Wilson...

Y ahora, prosiguió diciendo el buen señor, á la mesa sin más tardanza, pues venimos más hambrientos que un maestro de escuela.

Mientras la comida pude observar á mi sabor las hijas de mi nuevo amigo. Eran dos muchachas sencillas, afables, de esmeradísima educacion, sin pretensiones de figura agradable y simpática, sin que á ninguno se le ocurriera llamarlas bonitas á primera vista. Blanca, de pelo negro y negrísimo y hermosos ojos la mayor, llamada